

... que se ha de considerar en el presente...

... que se ha de considerar en el presente...

... que se ha de considerar en el presente...

... que se ha de considerar en el presente...

... que se ha de considerar en el presente...

... que se ha de considerar en el presente...

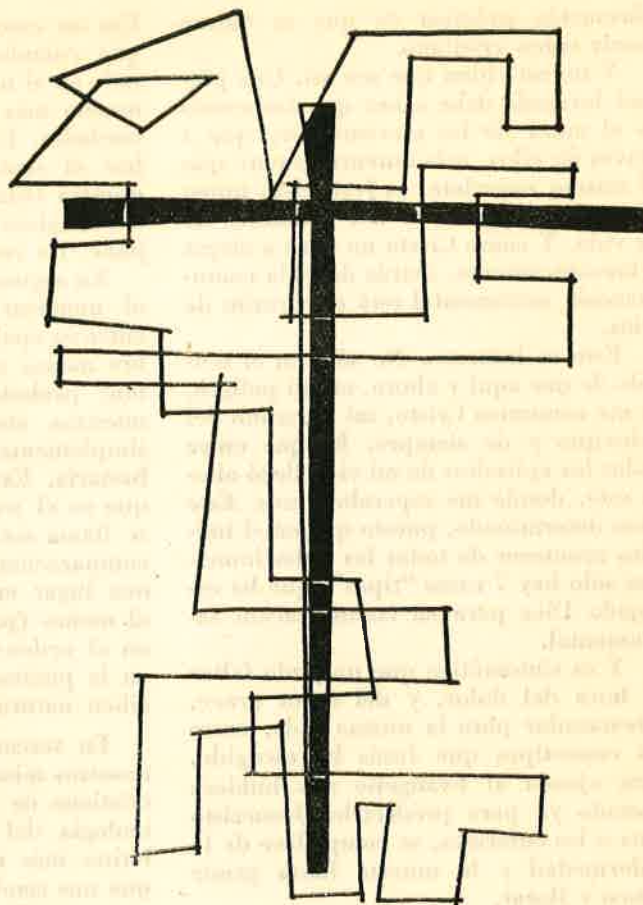
... que se ha de considerar en el presente...

... que se ha de considerar en el presente...

NOTAS

EL ÚLTIMO SACRAMENTO

Andrés M. Tornos, S. I.



Las líneas que siguen están escritas en uno cualquiera de los 20 días que estuve de capellán de hospital. Reciente el sacerdocio, y en medio de tantos sufrimientos, me tocó leer en la Misa el Evangelio de la viuda de Naim. Y pensé en la compasión de Cristo.

Hace pocos días me vi por primera vez en la necesidad de decir a una enferma que debía recibir la Santa Unción. Me lo pidió la hermana que cuidaba de aquella sección del hospital: "Padre, la señora del cuarto 216..."

Y no me salió. Le pregunté qué tenía, cuánto tiempo llevaba en la cama, si sentía dolores... —"Sí, muchos"—, me contestó. Estaba destrozada por un cáncer. Para entrar en materia le pro-

metí que pediría por ella. Entonces se me echó a llorar y sólo pude consolarla un poco y decirle adios. Al día siguiente quizá se presentaría mejor la cosa.

Es que con alta frecuencia vaciamos el sacramento de la extremaunción de su sentido cristológico y, naturalmente, quedándonos sólo tras él la presencia tétrica del fin, apenas alguien tiene ganas de oírle nombrar. Pedirle significa casi sólo una profesión de fe y la

afirmación práctica de que se quiere morir como cristiano.

Y no está bien que sea así. Una piedad formada debe saber que Jesucristo es el autor de los sacramentos; que a través de ellos, más auténticamente que el mismo sacerdote, es Jesucristo quien obra: da su gracia y nos comunica de su vida. Y como Cristo no obra a ciegas o mecánicamente, detrás de cada comunicación sacramental está el corazón de Dios.

Esto es inmenso. No sólo en el sentido de que aquí y ahora, en mi peligro, se me comunica Cristo, mi hermano del principio y de siempre. Es que entre todos los episodios de mi vida llegó ahora éste, donde me esperaba Jesús. Éste bien determinado, puesto que en el infinito acontecer de todas las vidas humanas sólo hay 7 casos "tipos", que ha escogido Dios para su comunicación sacramental.

Y es sintomático que no pudo faltar la hora del dolor, y del dolor grave, amenazador para la misma vida, entre los casos-tipos que Jesús ha escogido. Una ojeada al Evangelio nos hubiera bastado ya para predecirlo. Jesucristo ama a los enfermos, se compadece de la enfermedad y la muerte hasta gemir ronco y llorar.

Y porque Jesucristo le ama, la vida del enfermo roza en ese momento la esfera de su poder vivificante... Eso es lo que implica el momento de la extremaunción. De ninguna manera un "rendirnos a lo inevitable" porque "ya no queda nada que hacer".

Implicaciones prácticas

La primera es que debemos propagar estas ideas. Recuerdo haberlas expuesto el domingo 15 después de Pentecostés; 6 días después, llamado de noche a asistir a una enferma que agonizaba de un ataque al corazón, me encontré sobre la almohada con una cara inmensamente alegre: "Padre: es verdad lo que Vd. nos dijo, que ahora obra Cristo y se compadece de mí"...

Era un caso bien nuevo para mí. Porque cuando había querido explicarlo todo en el momento de la prisa, parecía mucho más cierto consolar con medias verdades. Una meditación pausada sobre el sentido de lo sacramental en nuestra vida, como eco de la experiencia religiosa y humana de Jesús, se impone. Da resultados insospechados.

En segundo lugar deberíamos tal vez al nombrar este sacramento alternar entre su apelativo corriente y otro nombre menos susceptible a la tristeza. Es muy probable que lo encontremos en nuestros antiguos autores (1). Decir simplemente unción o "Santa Unción" bastaría. Extrema (o "última" unción, que es el sentido latino de la palabra) se llama sin duda este sacramento por comparación con las unciones que tienen lugar en bautismo y confirmación al menos (para los sacerdotes, además, en el orden; para todos antiguamente en la penitencia)— porque éstas se reciben naturalmente antes.

En tercer lugar debemos llenarnos nosotros mismos de una concepción más cristiana de los últimos momentos. La teología del Sacramento y el nombre latino más usual no invitan a pensar que nos rendimos a la muerte. Todo lo contrario. El texto de Santiago que aduce la liturgia como la mejor descripción neotestamentaria (Jac 5 14-15) (2) se refiere a "un alivio del Señor" y al perdón de los pecados. Son los dos aspectos de la infinita compasión de Cristo. Más que "ayudar a bien morir" el confesor de los últimos minutos ayuda a vivirlos bien. Quizás a enderezar la vida entera en ellos, a coronar el momento cumbre con esperanza.

(1) En los países de habla alemana recomiendan el decir *Heilige Olung* o *Krankensalkung* (Santa Unción, Unción de los enfermos).

(2) «¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia y ellos oren sobre él ungiéndole con el óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al doliente y le reanimará el Señor y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados».

Implicaciones teológicas

Aquí se plantea un problema humano y teológico interesante. Porque primero, si éste sacramento es todo compasión y alivio vivificante de Cristo, no se entiende cómo ha sido llamado en toda la última tradición teológica "sacramento de la consumación cristiana" (o sea, lo que nosotros podríamos llamar "punto final de nuestra vida"). Porque, en efecto: si lo relevante aquí es la compasión y el alivio, ¿por qué pensar de antemano que el sacramento sellará la muerte —por eso es consumación—, y por tanto que compasión y alivio pasarán a ser algo secundario? Y si para resolver esto decimos que alivio y fin no se oponen, ¿qué sentido tienen nuestra tristeza y las lágrimas de Jesús ante la muerte?

Contestar a estas preguntas nos llevaría a largas reflexiones sobre el sentido humano y cristiano de muerte y dolor. Porque teológicamente —y aun humanamente— no está todo explicado con decir "se separaron el alma y el cuerpo" o "tal músculo se contrajo así y tal microbio...". Eso es caracterizar un hecho tremendo y complejísimo por su aspecto más trivial. Como si para explicar el caso de un buen señor, padre de familia, conducta excelente, que ahora de repente se marcha abandonando mujer e hijos, nos contentáramos con decir "tomó el tren de las 8". Eso no basta. Tratándose de una persona hay un por qué y para qué que investigar detrás de cada actitud. Y aunque tras el hecho tremendo de la muerte y el dolor hay sin duda mucho de misterioso, pero son eslabones puestos por Dios en nuestra vida. Leyes eternas —siempre inteligibles— o decisiones libres del amor eterno —que es luz— están tras ellos. Podemos preguntarnos el "para qué" y el "por qué" de la muerte en general y de cada muerte, y lo mismo sobre el dolor. Tomemos estos aspectos por separado.

El sentido positivo de la muerte

Lo encontraríamos pensando un caso límite, que se verifique en toda muerte santa o pecadora, serena o agitada, dolorosa, insensible, consciente, repentina, lenta, suicidio, fusilamiento, lo que sea... Algo simplicísimo y fundamental. Y así visto, el contenido no podría ser ni el dolor, ni la tragedia ni la oscuridad: (aún recuerdo el día en que me encargaron una misa por una hermana de la caridad. Y me decían "Padre, con ornamentos negros no, que para nosotras no es ninguna tristeza morir..."). Tampoco la alegría es contenido fundamental de la muerte, como sabemos demasiado bien. Y en cambio sí la transformación de esta nuestra vida espacio-temporal, corpóreamente inserta en el mundo y en la naturaleza, en la vida trascendente y luminosa del más allá (3); la condensación metafísica de toda conducta en una cercanía definitiva a la plenitud de nuestro ser, nuestra inteligencia y nuestro corazón, Dios.

El sentido negativo

Pero esta condensación (metafísica de nuestra personalidad no aparece a nuestros ojos desde el lado de acá sino como un cese y una ruptura brutales. Todo, definitiva y absolutamente, se ve acabado. Quizá porque la muerte, tal como existe desde el pecado original, encierra en sí algo más, terrible y siniestro. Quizá de lo contrario no sería muerte, sino una transformación transparente en sus dos caras a nuestra mirada y nuestra esperanza; sería la entrada en el banquete bíblico y la vuelta al Padre...

(3) Un más allá trágico no es el sentido querido por Dios como sentido legítimo y verdadero de la muerte. El pecado es un absurdo en nuestra conducta —preferir un bien creado al bien infinito, obrar contra la lógica, la razón y la naturaleza—; y morir en pecado es un sinsentido, que no explica lo que es la muerte.

El caso es que ahora no es así. Fuera de que nos es imposible ver algo más que la partida y la rotura con todo, si no es por la fe, la misma fe nos dice que la muerte actual es consecuencia del pecado (4), que encierra algo diabólico en sí, vencido por Cristo (5): y hasta la muerte de Él mismo tuvo un carácter terrible y diabólico como insinúa el Evangelio de San Lucas (6) aunque sólo fuera la lucha cuerpo a cuerpo del más fuerte, que se agarra con su enemigo, como repiten los Santos Padres.

Consecuencia

Este doble aspecto, positivo y negativo, nos da la clave de la pregunta que nos planteábamos. Porque existe el aspecto positivo de la "condensación hacia Dios", la muerte y la "consumación" victoriosas con fruto también del alivio de Jesús prometido en la extremaunción. Al fin y al cabo está escrito en el NT "*Beati mortui qui in Domino moriuntur*" (7).

Pero como esta misma muerte victoriosa se hace atravesando las puertas del infierno y del príncipe de las tinieblas, es triste, dura, y merece toda compasión de nuestra parte.

Sentido del «Alivio del Señor»

Por otro camino llegamos a estas conclusiones, de que no son cosas distintas en la extremaunción el ser "alivio de Jesús" y "Sacramento de la Consumación Cristiana". Y es pensando a fondo sobre el sentido del dolor en nuestra vida.

Nos escandaliza el dolor. En la pobreza misma, si algo de veras preocupa, es el montón de sufrimientos materiales y morales que lleva consigo. Y el pecado, para que nos repela, tenemos que mirarlo en función de los tizonazos del infierno o el cuerpo deshecho de Jesús, —si es que sus consecuencias sociales del lado de acá de la vida, dolorosas en el sentido más estricto para tantos, no

se impone por delante a nuestra miopía espiritual.

Esto tiene un contenido profundo y verdadero. Ese ser-para-algo e ir-hacia-algo (o lo que viene a ser igual, pretender algo) que caracteriza nuestra vida en su conjunto y cada uno de sus momentos (o la debe caracterizar...) —es lo más íntimo de nosotros mismos. Porque nacemos inermes y tenemos que desarrollarnos hasta nuestra plenitud humana. Más en lo hondo, porque a través de los amores de la vida tenemos que llegar al gran amor de Dios (8), lo cual es nuestra madurez definitiva de Cristo.

Y el sufrimiento es un frenazo, una rotura del cuerpo o del alma que teme perder su paso y su camino. Desde el vulgar dolor de estómago a la amargura de un fracaso, el brazo amputado y el picante ridículo: todo se reduce a ese mismo no poder actuar, no poder avanzar, no poder seguir... o sencillamente, haber perdido el trabajo y el esfuerzo.

Esto es lo que da de sí un análisis profundo del significado de todo dolor. En sí, según que sea corporal o síquico, podrá traducirse de infinitas maneras a nuestra sensibilidad (—también traducen los colores, en un lenguaje de sentido, vibraciones, de modo bien intuitivo, rico y maravilloso—). Pero siempre el dolor tocará, aunque sólo sea un leve roce, en el fondo último de nuestro querer más, que se ve desengañado por un fallo, una incapacidad, una separación —o quizá, sorda y medio in-

(4) Rom. 5, 12; 6, 23.—1 Cor. 15, 21.

(5) Rom. 6, 9.—1 Cor. 15, 54-57.

(6) 22, 53.

(7) Apoc. 14, 13.

(8) Esto en un sentido verdaderamente literal y no metafórico. El hombre está puesto en la vida para el gran amor eterno de Dios, y a él tiene que elevarse por una vida dinámica (acción o contemplación) —no de pereza e inactividad— cuyo sentido no sea el propio yo (egoísmo), sino un «tú» a quien respete como persona y ame como a hermano. Recuérdese que la virginidad cristiana se concibe no como renuncia al amor, sino como condensación de toda la fuerza de amar en Cristo, en la Iglesia, en los pobres.

conscientemente, por la lejanía de Dios. Porque es verdad que estamos en marcha y que tenemos que vivir siempre en marcha hacia Él. El que cree afanarse sólo por hoy— o por sacar adelante a su familia; el mismo que lucha inconscientemente con la agonía, lucha hacia su madurez en Dios. Cada día y siempre. El frenazo o el “seguir siempre así” es lo primero una ingenuidad, pues sabemos de sobra que es imposible. Pero además es también una bajeza, porque debemos sentirnos obligados a la acción mientras haya un secreto en la naturaleza que ofrendar a Dios por la técnica y un hermano nuestro entre los hombres con las manos, el estómago o el corazón vacío.

(Si ocurre que alguna vez decimos “llegué”, nos hemos divinizado a nosotros mismos; dioses tiránicos y solitarios, que pronto bajarán del olimpo para llorar o para torturar...)

En fin: el caso es que sufrir es sentirse frenado en la marcha hacia ese más que cada una de nuestras células necesita. Por eso el alivio más profundo consiste en dar cauces a la vida para que prosiga su avance corporal o espiritual. Es reparar el órgano para que funcione, suplirlo lo mejor posible; mostrar caminos nuevos y horizontes luminosos al pesimismo. Es la efusión pletórica de quien se siente vivir, actuar, avanzar y conseguir con todas las células de su existencia, en riqueza de fuerzas y esperanzas.

Y, aquí recogemos la idea apuntada en nuestro subtítulo— la muerte en el Señor es la cumbre de la fuerza, de la esperanza, de la capacidad de abrazar y tener. Por algo escribió Santa Teresa:

“Vivo sin vivir en mí
Y tan alto bien espero
Que muero porque no muero”.



SECRETO PROFESIONAL